

www.elboomeran.com

LA LITERATURA COMO *BLUFF*

La littérature à l'estomac SE PUBLICÓ EN ENERO DE 1950
EN LA REVISTA *Empédocle*,
CREADA Y DIRIGIDA POR ALBERT CAMUS.
EN FEBRERO EL TEXTO APARECIÓ IMPRESO COMO
PANFLETO EN UN VOLUMEN INDEPENDIENTE
(PARÍS, JOSÉ CORTI, 1950).
POSTERIORMENTE, FORMARÍA PARTE DEL VOLUMEN
DE ENSAYOS DE JULIEN GRACQ ESCRITOS ENTRE 1947 Y 1960
Préférences (PARÍS, JOSÉ CORTI, 1961).
ESTA PRIMERA TRADUCCIÓN CASTELLANA SE DEBE
A MARÍA TERESA GALLEGO URRUTIA.
LICENCIADA EN FILOLOGÍA MODERNA FRANCESA,
HA TRADUCIDO MÁS DE UN CENTENAR
DE LIBROS, ENTRE LOS QUE DESTACAN
Diario del ladrón, DE JEAN GENET (MADRID, CUPSA, 1976),
PREMIO NACIONAL DE TRADUCCIÓN 1977,
E *Impresiones de África*, DE RAYMOND ROUSSEL
(MADRID, SIRUELA, 1990), PREMIO STENDHAL
DE TRADUCCIÓN 1991.
EN 2003 SU LABOR DE DIFUSIÓN DE LA CULTURA FRANCESA
FUE RECONOCIDA POR EL MINISTERIO DE CULTURA DE FRANCIA
AL DISTINGUIRLA COMO CABALLERO DE LA ORDEN
DE LAS ARTES Y LAS LETRAS.
EN 2008 HA RECIBIDO EL PREMIO NACIONAL A LA OBRA
DE UN TRADUCTOR.
ES MIEMBRO DE LA JUNTA RECTORA DE LA SECCIÓN AUTÓNOMA
DE TRADUCTORES DE LA ASOCIACIÓN COLEGIAL DE ESCRITORES
DE ESPAÑA (WWW.ACETT.ORG).

www.elboomeran.com

Julien Gracq

1910-2007

LA LITERATURA COMO *BLUFF*

1950

Traducción del francés de
María Teresa Gallego Urrutia

Postfacio, cronología y bibliografía de
Luis Prat Claros

NORTESUR

Barcelona

2009

Francia, que desconfió durante tanto tiempo de los billetes de banco, es en literatura el país dilecto de los valores fiduciarios. Los franceses, a quienes les cuesta muchísimo imaginarse a sus líderes políticos como no sea con la forma de la hilera de cabezas de un pimpampum, creen a pies juntillas, fiándose de *palabras de honor*, en sus grandes escritores. Los han leído poco. Pero les dijeron que eran grandes, se lo enseñaron en la escuela: y decidieron sin más apelación ir a saciar a otra parte sus *curiosidades insidiosas*. Leen poco, aunque saben que la esencia de su país reside en ser grande por obra y gracia de las creaciones del intelecto. Saben que siempre hubo en ese país grandes escritores, tal y como supieron hasta 1940 que el ejército francés era invencible. Pero, al mismo tiempo, igual que una recóndita sabiduría les decía que a los ejércitos no les sienta nada bien salir con excesiva frecuencia de los cuarteles, empiezan ahora a sospechar que esta

cosecha anual de «grandes escritores» que dan por sabida es uno de esos actos mágicos que suceden en algún sitio y en condiciones poco conocidas, y que nada salen ganando con comprobaciones en exceso frecuentes siempre y cuando no estemos en época de cartillas de racionamiento. Todos sabemos cómo es el fino velo de gasa cuyas brumas, como por casualidad, empiezan a extenderse por las lindes más próximas a esos horizontes de donde suponemos remotamente que no sería imposible que nos llegasen «cosas desagradables». Escasean por ello las noticias: no hay noticias, buenas noticias; y sabido es que lo mejor para continuar sin noticias sigue siendo no pedir las. Francia, que nunca se había atribuido tantos «grandes escritores» vivos, empieza a dispensarse resueltamente, en 1949, de pedir noticia de ellos, quiero decir que nunca compró tan pocos libros. Todo ocurre como si el lector medio se hubiera resignado ya a que la reputación de los escritores se cimiente de otra forma que como buenamente quiera fundamentarse y en una comarca que ese lector no tiene muy localizada y en la que no puede entrar, pero desde la que llegan

portavoces investidos de un mandato, a quienes no se le ocurre recusar ni por asomo, y reputaciones de confección. Igual que delega el poderdante en sus elegidos, delegó el lector su poder de decisión en esas potencias oscuras; pero, como sucede con los ya mencionados elegidos, no prescinde del prudente cuidado de poner la billetera fuera del alcance de las decisiones que éstos pudieran tomar. No es que ponga en duda las reputaciones, pero las más de las veces prefiere cumplir con ellas con un fervoroso tributo de los labios: *he pays lip-service*, como dicen los ingleses. Los libreros se lamentan. Así es como, en 1949, florecen en labios de los hombres, de boca a oído, las reputaciones, mientras los editores se declaran en suspensión de pagos.

Puestos a decirlo todo, pocas veces se ha hablado tanto en Francia de la literatura del momento y, al mismo tiempo, nunca se ha creído tan poco en ella. Impera un hondo escepticismo tras la exaltación aparatosa de los cafés literarios, de los que sospechamos a veces que, en el supuesto de que se estuvieran «orientando» de forma resuelta hacia algo, sería más que nada hacia

la ingeniosa explotación del turismo internacional. Caemos en la cuenta de señales extrañas. La manía, no siempre inocente, de los bibliófilos, a un tiempo que me causa cierto rechazo, me interesa: a quien intente saber qué tendencias de una época empiezan a adquirir cierta consistencia le resultará provechoso estar al tanto de la fluctuación de sus cotizaciones: entre ese parloteo literario que fluye por doquier, carente a más no poder de garantías, esta gente, por lo menos, arriesga dinero para satisfacer sus aficiones. De entre las nuevas estrellas, no apuestan por casi ninguna. ¿Será que las perspectivas del *mercado de futuros* no son muy optimistas que digamos? Diríase que la producción literaria contemporánea presente que tiene por delante, en algún lugar, una cita desagradable; por lo demás, se consuela por adelantado y le pone al tiempo incierto buena cara: está metida hasta el cuello en la actualidad, nos dice, la escriben para su época. En cualquier caso, hay algo que, desde la Liberación, está más claro a cada año que pasa, y es que, pese a lo que afirman las escuelas y el tono cada vez más categórico de los juicios críticos, nadie, ni

los escritores ni el público, sabe ya muy bien a qué carta quedarse. Una sensación de desvalimiento, de incertidumbre, de *distancia* entre ellos y el público va despuntando en muchos escritores, y algo así como la desagradable impresión de caminar por un tablón podrido (¿cuántos, de entre los más conocidos, considerarían hoy en día, sin que cierta angustia les oprimiera el corazón, la posibilidad de ese experimento que les proponía tiempo ha Paul Morand, el de convocar un buen día a sus *fieles* lectores a las ocho de la mañana en la plaza de la Concorde?). De una semana a otra, las brújulas de los críticos apuntan por turnos hacia todos los horizontes de la rosa de los vientos, vientos que dan ganas de calificar, como poco, de *variables flojos*. Estamos en una época que, pese la evidente plétora de talentos críticos (quizá sea ésta su marca más característica), parece más incapaz que cualquier otra para empezar a seleccionar por sí misma su propia aportación. No sabemos si hay una crisis de la literatura, pero salta a la vista que existe una crisis del criterio literario.

Una de las causas que se le atribuían parece,

no obstante, haber dejado de actuar en parte. Consistía en que a la «república de las letras», que tiende a reconstruir su unidad en una Francia recién salida de los trastornos más tremendos, parecía amenazarla, en 1945, una disgregación fruto de la presión de disensiones políticas de enorme gravedad. A la sazón, parecía que no existía una posible medida común, que no había ya un punto de encuentro entre la literatura individualista y la literatura (digamos, para simplificar las cosas, la literatura comunista) total y voluntariamente sometida a imperativos de partido. Esperábamos que el futuro inmediato trajera consigo una decisión. Aplazar ese criterio, actitud bastante prudente de la que echaba mano con frecuencia el elector medio a la espera de que se moviera el fiel de la balanza, condicionaba en más de un caso la indecisión del crítico entre los cánones tradicionales y los del «realismo socialista». Este punto de encuentro no se dio en 1949: no cabe duda de que está más distante que nunca. Y la competición sigue abierta: sabemos que los enfrentamientos de la pluma no la zanjarán. Pero ha acontecido un cambio, algo

parecido a una desaceleración. Ese «mínimo común denominador de la literatura» que, en 1945, era aún el puente que unía los dos campos, el hecho, por ejemplo, de que ninguno de los dos se considerase dispensado por completo de dar señales de vida al adversario, de *hablar* al menos (aunque no fuera, por descontado, más que para ponerlos al caer de un burro) de los más notables productos del de enfrente, concluyó en 1949. Si abrimos sucesivamente, por ejemplo, *Le Figaro littéraire* y *Les Lettres Françaises*, es palmario que en la actualidad no cambiamos de punto de vista, sino de planeta. Éstos ven soles y satélites que a aquéllos se les ocultan por completo: a partir de ahora ya no basta con decir que las reacciones estéticas difieren: lo cierto es que desde ambas perspectivas no tenemos ya ante la vista el mismo paisaje, es como si empezasen a suceder curiosas perturbaciones de la percepción. Diríase que en la retina del crítico moderno han aumentado muchísimo los *puntos ciegos*: allí donde a un colega del otro bando lo deslumbra una luz cegadora, él no ve nada la mayor parte de las veces, literalmente nada. Por un lado, Gide, Claudel,

Breton, Sartre, Malraux o Camus; por el otro, Aragon, Elsa Triolet, Guillevic, Laffitte, Madeleine Riffaut, Simone Téry, Kanapa: disensiones tan continuas y tan graves está claro que no dependen ya de la distancia normal entre las piernas del compás del gusto individual, sino únicamente de la transfiguración de la fe. Por una inferioridad, pese a toda evidencia, de credibilidad y de cantidad, y, sobre todo, por esa voluntad que tuvo, o que otros tuvieron por ella, de evolucionar recalando de forma cada vez más sistemática su diferencia, que consistía en no tomar en cuenta más finalidad que la edificación de un sector muy concreto del público, la producción de extrema izquierda se ha replegado en la actualidad, le guste o no, hacia una de esas formas *marginales* (como la apologética) de las que la literatura no debe hacer caso omiso por completo, pero que, puesto que dejan de lado cualquier desvelo estético en provecho de la exaltación de la fe, no pueden ser, hablando con propiedad, parte de la ya citada literatura. Esa forma tiene ya nombre y no procede buscarle otro: se llama, como todo el mundo sabe, Buena

prensa. En 1949 podemos, sin mayor inconveniente, dejar aparte en literatura, a derecha y a izquierda, dos sectores de Buena prensa, que se han vuelto relativamente estancos al contar con un imprimátur o con un sello de calidad y con un Índice cuidadosamente puesto al día; se diferencian claramente por su factura, su clientela y sus medios de difusión y en ellos, como quien dice, serían equivalentes, en determinada especialidad, Simone Téry por una parte y Mathilde Alanic por otra.

Hay otro motivo para la desconfianza cada vez más recelosa del público ante una oferta indiscreta: tiene que ver con los hábitos de la crítica, que se han vuelto obsoletos. La que se halla ahora en candelero tuvo su período de aprendizaje en la época de *Sturm und Drang* que vino tras la primera guerra. A la sazón, unas cuantas minorías activas, todas ellas convencidas de que tenían algo importante que decir, intentaban abrirse camino, aunque fuera con dinamita, a través de un público dotado aún de gran capacidad de resistencia y de una crítica atrincherada tras una tozuda incompreensión. A todo

aquel que abrazase esa causa no le quedaba más remedio que elevar el tono de voz porque tenía que cruzar por densas zonas de silencio. Una crítica de choque, que se había acostumbrado sin darse cuenta a hablar alto igual que la gente que vive en los desiertos, se vio de pronto, en 1945, dueña del terreno ya limpio de estorbos y no se percató al momento de que ahora tenía delante un público invertebrado, triturado, licuado, casi por completo permeable durante una temporada a los requerimientos e intimaciones que les espetaban aquellos vozarrones. Por lo demás, algo había en el tono de esas voces proféticas que le agradaba a aquel público: instintivamente estaba a la espera, cuando acabó la guerra, de que se produjera en su literatura un incendio, un *levantamiento en masa* —que se merecía— y se lo figuraba de antemano brutal, saciador, apocalíptico, conquistador, en cierto modo como ese *desembarco* del que había estado tantos meses al acecho. Compró muchos libros, todos cuantos le proponían semana tras semana, con mirada vidriosa y ceño hosco, como si le estuvieran tendiendo un revólver cargado, los heraldos de la

nueva Promesa: ¿quién sabe?, a lo mejor era *ése* el libro –ojo con que no se nos escapase el Mesías– y además habían acabado por atiborrar al público de remordimientos: estaba deseando ofrendar unas cuantas *buenas acciones* a los manes de esos genios que habían cobrado en moneda de ingratitud, quería *redimirse*: Francia había rechazado a tantos poetas malditos. Es posible que nunca haya estado el regazo innúmero del público tan devotamente presto de antemano a acoger el primer vagido sagrado como lo estuvo en 1944. No obstante, el arca apenas se abría; sólo estábamos en la etapa de los relámpagos precursores; había que esperar –por si las moscas, las revistas montaban, en las inmediaciones de los Santos Lugares, más y más tenderetes nuevos, hacían gala de amplitud de miras y organizaban colectas– y la gente se equipaba como si hubiera que alojar a la estirpe de los dientes del dragón entera. Pasaron los meses y los años; llegó el cansancio y se pasó la borrachera; nos frotamos los ojos: teníamos delante un espectáculo burlesco: unos *jockeys* del Gran Premio subidos en unas babosas.